

EXPOSICIÓN A LA CARTA

Jóvenes y adultos

RETRATOS: ESENCIA Y EXPRESIÓN

María José Salazar

Esencia y expresión son las notas dominantes en esta colección, que su propietario Jaime Botín generosamente ha cedido para su exhibición permanente en el Centro Botín de Santander.

El arte siempre ha estado presente en la vida del coleccionista, desde que en 1947 el padre Martín Lanuza le llevara a visitar una exposición de José Gutiérrez Solana en el Ateneo de Santander. Desde entonces, se abre un mundo nuevo a su mirada, a su sensibilidad, que ya nunca abandonará y que irá enriqueciendo con el paso del tiempo.

No se trata de una colección al uso, en la que primen nombres o tendencias, sino de una conformada en torno al gusto personal de su propietario, que ha reunido un selecto conjunto con evidentes nexos de conexión que nos permiten adentrarnos en su particular microcosmos.

En primer lugar, percibimos que se trata de artistas de muy reconocido prestigio, de muy alto valor plástico: Francis Bacon, Francisco Cossío, Juan Gris, José Gutiérrez Solana, Henri Matisse, Isidre Nonell, Daniel Vázquez Díaz y Joaquín Sorolla.

Todos ellos pertenecen en gran medida a las vanguardias: rompedores, poseedores de una particular y personal dicción, pasaron por París para conocer las nuevas corrientes estéticas, aunque alguno, como Nonell, retornara un tanto decepcionado, mientras que Solana, que se trasladó igualmente a la ciudad para

exponer, no mostró el más mínimo interés por el nuevo arte. Asimismo, Bacon, años más tarde, se acercaría tan solo para ver y contemplar lo que allí se estaba gestando.

La colección, además, apuesta por nuestros creadores, de un modo reflexivo en el convencimiento de su importancia, de su calidad, pero también con la certeza de que les ha faltado una mayor proyección internacional, un mayor reconocimiento incluso entre nosotros, si bien es verdad que las circunstancias históricas del momento dificultaron su difusión y que la historiografía del arte occidental moderno dejaba en el olvido todo aquel movimiento o artista que no estuviera englobado en alguna de las tendencias dominantes en el París de esos años. Era, sin duda, una visión parcial, pero que se ha mantenido durante un largo periodo de tiempo.

La colección reúne, por un lado, artistas españoles de muy alto valor plástico, pero de escaso reconocimiento fuera de nuestras fronteras; como contrapunto, opta por dos creadores internacionales, considerados punteros en el desarrollo del arte del siglo xx: Henri Matisse y Francis Bacon.

Cronológicamente, esta colección refleja casi en su totalidad el arte del siglo xx, iniciándose con *Figura de medio cuerpo*, creada por Nonell en 1907, y cerrándose con *Self Portrait with Injured Eye*, pintada por Francis Bacon en 1972. Y está, además, integrada en su mayor parte por artistas formados en los años finales del siglo xix y principios del xx; un periodo complejo en su ruptura con la tradición, por las diferentes corrientes que surgen y los movimientos estéticos que se solapan, y en el que se genera una rica actividad

artística plasmada en el amplio abanico de estilos que se materializan aquí: el modernismo con Nonell, el fauvismo con Matisse, el cubismo con Juan Gris, la figuración lírica con Cossío, el realismo con Solana, el neocubismo con Vázquez Díaz, el iluminismo postimpresionista con Sorolla, o la nueva figuración, de fuerte carácter expresionista, con Bacon.

Este conjunto presenta tres rasgos comunes, concretos y definitorios, que la personalizan: máxima expresión a través del color y la luz, utilización de la figura como medio de comunicación e hilo conductor y, por último, el retrato, que constituye la esencia de todo el conjunto.

Es este, sin duda, el tema preferido del coleccionista, porque considera que en su ejecución es donde se aprecia mejor la capacidad del artista, que ha de poner en juego su propia sensibilidad para mostrarnos al personaje, su estado de ánimo, además de su aspecto físico, medio de comunicación solo al alcance de unos pocos.

Si abordamos la paleta como nota dominante, Matisse está a la cabeza como precursor y líder del movimiento fauvista, para el cual el color puede evocar no solo cualidades pictóricas, sino estados de ánimo; y si consideramos la luz, hemos de abordar el luminismo mediterráneo de Sorolla, quien toma el contraste lumínico como medio de expresión. Igualmente se aprecian los estructurados y personales tonos morados y rojos de Vázquez Díaz; la tonalidad, como elemento modelador de la imagen, en Nonell; las delicadas veladuras y transparencias en Cossío; la fuerza en la pincelada tonal de Bacon, reforzada con suaves retoques al pastel; la figura como recurso para resaltar el color en Juan Gris;

EXPOSICIÓN A LA CARTA

Jóvenes y adultos

y, finalmente, frente a la característica negritud de Solana, los toques coloristas que la individualizan.

Tonalidades, juegos de luces, son utilizados para trazar la figura, que domina en todas las composiciones, en la búsqueda de un mayor acercamiento y comprensión a la obra; pero también para valorar su capacidad de expresión, elemento básico y primordial que unifica la colección, pese a las individualidades tan sólidas que la conforman.

Abordemos en primer lugar el trabajo de los artistas internacionales. Así, la figura de **Henri Matisse** aparece representada por su retrato *Femme espagnole*, que refleja su recuerdo del viaje a nuestro país en 1911 para visitar el Museo del Prado y conocer Andalucía, y del que regresa con una maleta cargada de brocados y mantillas y una potente luz en su paleta, que se traduce en colores limpios, abiertos, que no mezcla con claroscuros, lo que da lugar a un estilo más ligero y sutil, más armónico, en el que se omite toda narrativa.

En este retrato, de trasfondo español, elimina todo detalle de fondo, reflejando un rostro carente de expresión, quizás para valorar la figura de la modelo, cuya imagen surge en otros trabajos.

Sin duda otro de los grandes pintores internacionales es **Francis Bacon**, creador de potentes y personales retratos; en *Self Portrait with Injured Eye*, de 1972, parece querer expresar su personalidad autodestructiva, al trazar una imagen inquietante, violenta, con formas geométricas que descomponen el rostro, que produce un efecto muy dinámico. Gustaba de reflejar su imagen en la búsqueda de su propia identidad, contrapuesta en muchos sentidos a lo que

revelará un simple espejo. Este autorretrato, distorsionado por el dolor, está pintado unos meses después del suicidio de su modelo y amante, George Dyer; expresa así su soledad y su dolor, incluso su desgarró ante su pérdida.

Como contrapunto, los creadores españoles. A la cabeza, **Juan Gris**, por ser quizás el más mediático de todos, quien ya había demostrado sus dotes en este género con los retratos de Picasso o de su compañera, Josette; aborda ahora, en 1918, en un momento de plena madurez, pero también de cambio estilístico, la figura de un *Arlequín*; sintetiza las formas con mínimos elementos y reduce los motivos representados en una composición simple, que tan solo utiliza para desarrollar y presentar la figura humana a través de planos engarzados entre sí; se sirve igualmente del personaje para resaltar el color, que empasta siempre en diálogo con el azul. Sus imágenes resultan brillantes y poéticas, ya que, a decir del artista, su pintura no era más que «una arquitectura plana y coloreada».

Muy diferente es el caso de **Francisco Gutiérrez Cossío**, quien acostumbraba a decir que solo era capaz de hacer un retrato cuando conocía en profundidad al modelo; quizás por ello el *Retrato de mi madre* está entre lo mejor de su producción. Capta el espíritu sereno y amable del personaje en una imagen que, pese a la fuerte construcción de planos, deshace los contornos, primando la curva; se sirve además de veladas atmósferas y cubre la superficie del lienzo con un moteado blanco, muy característico de su trabajo. Está pintado en 1942, momento en el que retorna a la pintura, en plena

madurez. Es, sin duda, uno de los más importantes artistas que han surgido en nuestro país, aunque su trabajo haya quedado un tanto oscurecido.

Isidre Nonell pinta en 1907 *Figura de medio cuerpo*, en un momento en el que se produce un drástico cambio en su temática: abandona la figura de la gitana como personaje principal para retratar ahora a mujeres de tez blanca, más tranquilas, reposadas y melancólicas; se decanta por el color como único elemento para modelar la figura, superpone blancos y azules que contrasta con las negras cabelleras de sus modelos; y utiliza con sabia destreza texturas muy sensuales que personalizan el trabajo.

José Gutiérrez Solana no podía estar ausente de esta colección, no solo porque su obra siempre ha estado cercana al coleccionista, sino porque este estima que el trabajo del artista en el género del retrato se puede considerar, sin duda, lo mejor no solo de su producción, sino del contexto artístico del momento. En *El constructor de caretas* retrata a su amigo Emeterio, cuyo taller se encontraba en las Vistillas de Madrid. El artista, con su habitual método de trabajo, nos muestra su personalidad a través de multitud de detalles que nos permiten identificar su oficio; esta composición simétrica, con espacios muy bien compensados, está claramente ejecutada en los años finales de su producción, en los que decrece la intensidad matérica y surgen figuras como dibujadas al óleo, en una acción paralizada en el tiempo. Y, pese a la negritud del ambiente, es una pintura colorista, con una atmósfera propia, que nos lleva una vez más a considerarlo uno de nuestros grandes creadores.

El retrato de determinados personajes aportó a **Joaquín Sorolla** una buena posición económica y un alto reconocimiento a su trabajo; aunque bien es verdad que gozan de preferencia obras como *Al baño*, pintada en el verano de 1908 en la playa de Valencia, por la delicadeza de sus luces y de su restringida paleta, que plasma con pinceladas gruesas y con brillantes contrastes lumínicos, pero de la que forman parte igualmente esos retratos de niños que también surgen en otros trabajos, lo que le confiere mayor sensibilidad y delicadeza.

Daniel Vázquez Díaz trabajó y potenció el retrato hasta lograr convertirse en uno de los máximos exponentes de este género. Afronta la figura de forma simétrica y cortante, ubicándola en un espacio rigurosamente estructurado y trazándola con un sintético dibujo. *Mujer de rojo*, pintada en 1931, ya establecido en Madrid, presenta resabios de su paso por París en un acercamiento a Bonnard, en el juego de tonos morados, malvas, carmesíes, que brillantemente dominan la composición.

La expresión, el sentimiento que muestran los personajes en sus rostros, la esencia como reflejo del espíritu que trasciende a la propia expresión, es unificador. Se palpa un indudable gusto personal del coleccionista en ese aire sombrío y nostálgico que, en cierto modo, sobrevuela todas las pinturas. Es como si un gran manto transparente de melancolía las envolviera.